

Hombres, masculinidades, machismo y violencia contra niñas y mujeres: reflexiones y aproximaciones¹

[MARCIA THEREZA COUTO]

Departamento de Medicina Preventiva de la Facultad de Medicina
Universidad de São Paulo, Brasil.
marthet@usp.br

Resumen

Partiendo de la violación grupal de una joven en Buenos Aires, Argentina, en febrero de 2022, y estableciendo paralelismos con otros casos de violencia sexual en Brasil, reflexiono sobre las masculinidades y los machismos, tanto hegemónicos como híbridos, con la intención de pensar estos conceptos asociados a las violencias cotidianas. También me pregunto el porqué de que en las últimas décadas no se haya avanzado como se pretendía con relación a la situación de las mujeres en las sociedades denominadas occidentales. En este sentido, introduzco la perspectiva interseccional para complejizar entrecruzamientos, concluyendo que género y masculinidades deben ser tomados como procesos históricos y prácticas sociales, vivenciados tanto en las relaciones cotidianas cargadas de poder, como en las reformulaciones identitarias que los sujetos vivencian a lo largo de la vida.

Palabras Clave: perspectiva interseccional, machismo, masculinidades

Homens, masculinidades, machismo e violência contra meninas e mulheres: reflexões e abordagens

Resumo

Começando com o estupro de uma jovem em Buenos Aires, Argentina, em fevereiro de 2022, e estabelecendo paralelos com outros casos de violência sexual no Brasil, reflito sobre masculinidades e machismos, tanto hegemônicos quanto híbridos, com a intenção de pensar sobre estes conceitos associados à violência cotidiana. Também

¹ Artículo recibido: 2 de Julio 2022. Aceptado: 10 de Julio 2022

me pergunto porque a situação das mulheres nas chamadas sociedades ocidentais não progrediu como pretendido nas últimas décadas. Neste sentido, apresento a perspectiva interseccional para complexificar as relações sociais, concluindo que gênero e masculinidade devem ser tomados como processos históricos e práticas sociais, experimentados tanto nas relações cotidianas de poder quanto nas reformulações de identidade que os sujeitos experimentam ao longo de suas vidas.

Palavras Chave: perspectiva interseccional, machismo, masculinidades

Men, masculinities, machismo and violence against girls and women: reflections and approaches

Abstract

Starting from the gang rape of a young woman in Buenos Aires, Argentina, in February 2022 and establishing parallels with other cases of sexual violence in Brazil, I reflect on masculinities and machismos, both hegemonic and hybrid, to think about these concepts associated with everyday violence. I also wonder why in recent decades, progress has not been achieved as intended regarding the situation of women in so-called Western societies. I conclude that gender and masculinities must be taken as historical processes and social practices, experienced both in daily relationships charged with power, and in the identity reformulations that the subjects experience throughout their lives. In this sense, I introduce the intersectional perspective to make social relations more complex.

Key Words: intersectional perspective, machismo, masculinities

Introducción

En mayo de 2016, en la ciudad de Rio de Janeiro, una adolescente de 16 años fue violada por treinta y tres hombres. Ese hecho ocurrió en la favela donde ella vivía y en la casa de su exnovio. Luego de violarla la filmaron acostada en la cama, totalmente inconsciente, y divulgaron esas imágenes en las redes sociales. En la Argentina, en octubre de ese mismo año, una adolescente — también de dieciséis años — fue drogada, violada y torturada en la ciudad de Mar del Plata. Entre los asesinos, un padre y su hijo. Luego de abusar sexualmente de la joven hasta su muerte, los victimarios lavaron su cuerpo y cambiaron su ropa. Más tarde la llevaron hasta un centro de salud y dijeron que la víctima había sido encontrada inconsciente debido a una sobredosis de algún tipo de droga. En aquel año de 2016, varias ciudades de Argentina y de Brasil presenciaron manifestaciones de protesta organizadas por mujeres que alcanzaron multitudes en torno de una pauta tan antigua y presente en la lucha feminista: el fin de la violencia machista que viola, tortura y mata mujeres. Hashtags como #EuLutoContraACulturadoEstupro y #NiUnaMenos, expresan los activismos de jóvenes -y no tan jóvenes- feministas y la lucha contra la tolerancia a la violación y al asesinato practicado contra niñas y mujeres, jóvenes y adultas, cisgénero, travesti y transgénero en nuestras sociedades.

Violencias cotidianas

Este año, el 28 de febrero, una joven de veinte años fue violada a plena luz del día de un lunes dentro de un automóvil en el barrio de Palermo, una de las zonas donde se despliega la escena *cool* de la ciudad de Buenos Aires, Argentina. Las informaciones emanadas de varios medios hegemónicos argentinos señalan que, entre los sospechosos (hombres jóvenes de entre 20 y 24 años), se encontrarían militantes de izquierda, músicos y universitarios. Según relatos, la víctima estaba esperando el ómnibus luego de haber ido a una fiesta y fue abordada por los jóvenes. La violencia sexual ocurre cerca del mediodía, cuando el grupo de seis hombres llevan la víctima a un auto, supuestamente de uno de ellos, estacionado cerca de un quiosco. La escena de tres hombres con una joven en un automóvil y otros tres tocando la guitarra y cantando en la vereda junto al automóvil para ocultar la violación sexual que ocurría dentro del vehículo llamó la atención de las personas que se encontraban en las cercanías (mujeres) y transeúntes que trataron de actuar en la tentativa de salvar a la joven y llamar un móvil policial. Los hombres fueron presos luego del abordaje de la policía, gracias a la decisiva contribución de los vecinos y la joven fue finalmente encaminada a un hospital.

Estos ejemplos, entre las innumerables, cotidianas y recurrentes violaciones de los cuerpos y la sustracción de las vidas de las mujeres, evidencian una situación -la violencia sexual, que puede ser seguida de feminicidio- que está devastando no solamente Brasil y Argentina, sino incontables regiones del planeta. En Brasil, según el Fórum de Seguridad Pública, en 2021 y en promedio, una mujer fue víctima de feminicidio cada siete horas; cada diez minutos una niña o mujer fue víctima de violación, considerando apenas los casos que llegaron hasta las autoridades policiales (Fórum de Segurança Pública, 2022 [Fórum de Seguridad Pública]). En la Argentina, datos del Observatorio A. M. Zambrano, coordinado por la Asociación Civil Casa del Encuentro, indican que en 2020 trescientas mujeres cisgénero o transgénero fueron víctimas de feminicidios y los datos del Ministerio de Seguridad de la Nación registran

5.703 víctimas de violación en 2020; 159 más que en 2019 y 1.437 más que en 2018. Los casos de 2020 suman 20.900, si consideramos la agresión sexual².

Algunas reflexiones

A partir de los tres casos de violencia sexual (violación) colectiva y movilizadora por las características del último caso, levanto algunas reflexiones sobre el tema al cual me he dedicado a lo largo de los últimos años, en particular en el ámbito de la sociedad brasileña: el machismo y sus expresiones en términos de violencia de género y sexual contra las mujeres. Parto de una paradoja que aparentemente no tiene solución: en los últimos cincuenta años, los movimientos feministas tuvieron bastante éxito en sus objetivos al volver socialmente visibles las distintas formas de violencia contra las mujeres y promover su emancipación, pero el machismo no remitió y parece recrudecer y expresar su brutalidad en ejemplos como los citados anteriormente. En este sentido, las preguntas que mueven las reflexiones a seguir son: ¿Cuál es el papel del machismo en la garantía y el mantenimiento de las relaciones desiguales? Y no solo entre los géneros; porque todas y todos estamos atravesadas y atravesados también por opresiones de clases, razas y orientaciones sexuales, entre otras. En ese sentido: ¿cuál es el lugar de los hombres como sujetos implicados en los sistemas patriarcales y misóginos?

Ya sea a través de los abordajes provocativos e irrespetuosos por parte de los hombres hacia las mujeres al caminar en la vía pública -de día o por la noche-, ya sea cristalizado en el asedio sexual en los ómnibus, los trenes, el metro, durante las peleas con compañeros afectivo-sexuales, también en las relaciones de trabajo y en las diferencias salariales, aún más en las alarmantes tasas de violencia de género y feminicidio, la plasticidad del machismo es inmensa, y su impacto, avasallador en la vida de las niñas, las mujeres jóvenes, adultas y adultas mayores.

Son varias las explicaciones para que en las últimas décadas no se haya avanzado como se pretendía con relación a la situación de las mujeres en las sociedades denominadas occidentales -aquí más específicamente la brasileña y la argentina-. Una, entre tantas, es que pervive la necesidad de cambiar el escenario de las desigualdades de género. Otra, es que el machismo está presente en las prácticas y representaciones sociales porque persiste como un trazo cultural que alimenta estructuras de opresión y desigualdad contra las mujeres (Couto y Schraiber, 2013; Venturi, 2014).

Diría que el concepto de machismo puede ser al mismo tiempo algo muy fácil o difícil de definir. Difícil, si consideramos todas las sutilezas involucradas en las relaciones de género. Fácil, si afirmo, por ejemplo, que existe machismo cuando un hombre se dirige a una mujer de modo diferente (y opresivo) al que se dirigiría a otro hombre.

Por eso el machismo es aquí tomado como un sistema de ideas y valores que instituye, refuerza y legitima la dominación del hombre por sobre la mujer. Como propone Welzer-Lang (2001), la dominación masculina (sobre la mujer) se apoya en un paradigma naturalista que defiende la pseudo naturaleza superior de los hombres. Tal dominación, fruto de una violencia simbólica, puede ser reconocida en el imaginario social, siendo

² <https://forumseguranca.org.br/wp-content/uploads/2022/03/violencia-contra-mulher-2021-v5.pdf>, <http://www.lacasadelencuentro.org/femicidios03.html> e <https://elpais.com/sociedad/2022-03-01/seis-detenedos-en-argentina-por-una-violacion-grupal-dentro-de-un-coche-y-en-pleno-dia.html>.

considerada el resultado de un largo proceso de construcción acerca de “ser hombre” y de “ser mujer”. Para Bourdieu (1999), esta incorporación de la dominación se da a costa de un duro e incesante trabajo de reproducción (y, como tal, histórico), para el cual contribuyen agentes específicos y ciertas instituciones (especialmente Estado, Iglesia, Familia y Escuela). Siendo así, la violencia simbólica de la dominación masculina promueve una naturalización de lo que es histórico y culturalmente construido. En suma, el machismo no es apenas una estructura de poder de hombres contra mujeres, sino aún más, es un sistema de poder sobre cuerpos, deseos y subjetividades (Butler, 2017).

La problemática del machismo es un tema antiguo en la producción antropológica e historiográfica. Desde la década de 1970 fueron realizadas diferentes etnografías en diferentes países de Iberoamérica acerca del culto de la masculinidad y consecuentemente, de la expresión del machismo como un trazo recurrente de culturas mediterráneas. De esta forma, estudios conducidos en regiones de Andalucía y en pequeñas comunidades de América Latina buscaban hacia fines de la década de 1970 y mediados de la década de 1980 presentar una uniformidad cultural del machismo alrededor de demostraciones excesivas de masculinidad, incluyendo, de forma ejemplar, el ejercicio de la sexualidad (Mayo, 1997; Brandes, 1980). Académicas feministas, así como antropólogas, historiadoras y sociólogas, se inclinaron durante las décadas de 1970 y 1980 a enfatizar el dominio del poder masculino, aparentemente monolítico, sobre las mujeres. Beattie (2002) señala que los estudios sobre las mujeres en América Latina producidos en esas décadas, antes del surgimiento de los estudios de género y masculinidades, tienden a enfatizar y teorizar sobre la relación entre capitalismo y patriarcado, identificando esa relación como la raíz de la opresión de las mujeres. Asimismo, historiadores que estudiaron el matrimonio durante la expansión y consolidación colonial y la sexualidad, también enfatizan que la honra masculina y femenina, en una perspectiva dicotómica, es complementaria y desempeñó un papel crítico en la construcción y reproducción de categorías e identidades legales y sociales.

En contraposición, una visión crítica, más abarcativa y compleja acerca del “macho” latinoamericano, representado por referenciales como agresividad, virilidad y control de la sexualidad femenina pasó a ser discutida en etnografías de la década de 1990 que señalaron la necesidad de huir de los esencialismos (como por ejemplo de la expresión “macho típicamente latino”) y considerar las influencias y particularidades regionales relacionadas a la religiosidad, la migración, las dinámicas familiares y generacionales y, sin duda, los cambios sociales impuestos por los ciclos económicos negativos que se presentaron especialmente en América Latina, durante las décadas de 1980 y 1990 (Gutmann, 1997; Vigoya, 2001, Fuller, 1998).

Estudios sobre masculinidades

La emergencia y maduración teórico-metodológica de la categoría teórica/operacional de género y su aplicación en estudios empíricos en el área de las masculinidades complejizaron y actualizaron las posibilidades de analizar la permanencia histórica del machismo como trazo cultural y sus particularismos. En este texto, por lo tanto, tomo como referencia estudios de masculinidades que, aunque desarrollan reflexiones específicas sobre lo masculino, se comprenden como tributarios del campo teórico y metodológico de la perspectiva de género feminista, constituida fuertemente

como comparativa, histórica y constructivista. Género/s, aquí entendidos, como las condiciones que histórica y socialmente construyen y establecen las relaciones sociales de sexo, permeadas por la desigualdad de poder (Scott, 2017), siendo poderosos principios ordenadores y normalizadores de prácticas sociales (Connell y Pearse, 2015). De esta manera, y sin descartar la importancia de la denuncia sobre la opresión de las mujeres en esta literatura (décadas de 1970 e 1980), acuerdo con algunos y algunas estudiosos y estudiosas que han llamado la atención sobre la complejidad de las identidades y actos masculinos, de acuerdo con atributos raciales, etarios, de clase y sexuales, entre otros, que reflejan desequilibrios de poder entre los hombres latinoamericanos (Gutman, 2013; de Keijzer, 2016; Caulfield, 2001). Por ejemplo, Caulfield (2001) nos muestra que entender la honra (como un atributo central para los hombres en América Latina) requiere estar atentos a los aspectos materiales y simbólicos del género, su intersección con las categorías de raza, clase, religión y generación, entre otras, y la fluidez de las experiencias individuales que se suman a las estructuras colectivas.

Por lo tanto, la interseccionalidad puede ser vista como una herramienta útil para la comprensión del machismo, especialmente porque es una manera de describir la organización de las identidades en cuatro dominios de poder distintos e interrelacionados: el interpersonal, el disciplinario, el cultural y el estructural.

Como escribe Beattie (2002), la interseccionalidad puede ser como un lente analítico que destaca la naturaleza múltiple de las identidades individuales y puede mostrar cómo las combinaciones variables de género, raza y sexualidad, entre otras, se posicionan diferentemente en cada individuo. Esos ejes de identidad social trabajan juntos y se influyen mutuamente para moldear cada biografía individual. En este sentido, vemos la singularidad del hombre que actúa como un “machista” y al mismo tiempo entendemos su posición social en un determinado grupo y el modo en que tal posición puede atenuar e inclusive legitimar sus comportamientos.

No se puede negar que existen dudas y preocupaciones diversas sobre cómo abordar algunos aspectos de la relación entre masculinidad y machismo, especialmente cuando pensamos en la articulación de ejes de identidad como clase, género, sexualidad y raza/color, entre otros. Como comenta Vigoya (2018), es evidente que hablar de masculinidad a partir de una lente interseccional implica entender las historias de las masculinidades y sus contextos de diversidad y desigualdad, porque hombres negros, blancos, heterosexuales, no heterosexuales, articulan sus prácticas sociales bajo distintos parámetros a partir de los cuales gozan más o menos de poder y privilegios. Como Harnois (2017) nos enseña, las categorías sociales modelan la manera en cómo los hombres actúan e incorporan las masculinidades.

Entre las varias dudas e inquietudes, aquellas acerca de posibles daños experimentados por algunos segmentos de hombres a partir de sus posiciones sociales, derivadas de la socialización masculina permeada por una cultura machista generan acalorados debates tanto académica como socialmente. Desde el punto de vista aquí defendido, parto del presupuesto de que los posibles costos de la masculinidad y del machismo que a ella se aferra -y que repercute en las experiencias de algunos hombres-nunca serán los mismos ni se producirán en la misma medida que para las mujeres. Ya que los hombres, al contrario de las mujeres, obtienen y disfrutan, en mayor o menor medida, de dividendos patriarcales por el hecho de pertenecer a la población tomada

como referencia para la organización social (y sus atribuciones de poder, prestigios y privilegios).

Como bien destaca Almeida (1996), masculinidad y feminidad son metáforas de poder y de capacidad de acción que orientan valores y prácticas sociales de hombres y de mujeres. Niñas y niños aprenden a identificarse y a actuar en el mundo a partir de la socialización. Pero, el lugar de los hombres (concretos) en el sistema patriarcal y misógino no está dado, así como no está dado para las mujeres. Existe adecuación y resistencia, en una dinámica compleja que depende de innumerables factores: relaciones personales (familiares, afectivo-sexuales, de amistad), instituciones (escuela, iglesia) y políticas sociales de protección y equidad de género aspirando a reducir las desigualdades.

La reflexión sobre las bases culturales, simbólicas y estructurales del machismo presenta en el concepto de masculinidad hegemónica (Connell, 1995, 2014) un camino bastante promisorio. Connell (1995, 2014) nos explica bien el significado y las implicaciones de ser hombre (heterosexualmente activo, blanco, intelectual y con bienes) como modelo ideal de masculinidad en nuestra sociedad. Para ella, el poder (colectivo) de los hombres no es construido apenas en las formas en cómo los hombres lo interiorizan, individualizan y refuerzan, sino también en las (y por las) instituciones sociales. De acuerdo con Connell y Pearse (2015), diría que la faz pública de la masculinidad hegemónica no es, necesariamente, lo que los hombres más poderosos son, sino aquello que sostiene su poder y aquello que muchos hombres son motivados a apoyar. Construida con relación a las mujeres y a otras masculinidades no hegemónicas referentes a grupos dominados, la masculinidad hegemónica las oculta y las subordina, aunque no las elimine, dado que las relaciones de jerarquía presuponen al “otro”.

Hegemonías e hibridismos

La función ideológica de la masculinidad hegemónica nos ayuda a entender las expresiones de machismo y violencia de género, aun cuando perpetradas por hombres considerados como pertenecientes a las *masculinidades híbridas*³ (Bridges y Pascoe, 2014), representados en la descripción de algunos de los violadores en el reciente caso acaecido en Palermo, Buenos Aires. Aunque no necesariamente represente la manera de ser de los hombres de la élite, ni de los hombres subordinados, la complicidad de todos con la *masculinidad hegemónica* se explica por el hecho de que es la expresión cultural de su dominación sobre las mujeres, que legitima y naturaliza las prácticas de subordinación. Así la *masculinidad hegemónica* es un modelo cultural ideal que, no siendo alcanzable por ningún hombre, ejerce sobre todos, hombres y mujeres, un efecto controlador. Implica un discurso sobre la dominación y la ascendencia social, atribuyendo a los hombres (categoría social construida a partir de una metonimia del dimorfismo sexual) este privilegio potencial. Como resalta Vale de Almeida (1996), a pesar de la ideología de la complementariedad entre masculinidad y femineidad al nivel de la gramática de los símbolos, en la arena del poder estas son discursadas como asimétricas. Sin embargo, la propia masculinidad es internamente constituida por asimetrías (como heterosexual/homosexual) y jerarquías (de más a menos

³ Las masculinidades híbridas se refieren a la incorporación selectiva de elementos de identidad típicamente asociados a diversas masculinidades marginadas y subordinadas (Bridges y Pascoe, 2014, p. 246).

“masculino”), en las que se detectan modelos hegemónicos y variantes subordinadas. Del recorrido establecido hasta aquí, se torna claro que el machismo es un trazo cultural con amplitud y relevancia y que exige esfuerzos en investigaciones y reflexiones críticas, además, claro, de debates políticos para ayudarnos a entender y reaccionar a la manera en como nuestras sociedades mantienen y promueven a los hombres en una posición dominante en detrimento de las mujeres y de otros hombres que son considerados como menores en la escala social de poder, prestigio y privilegio. Por ejemplo, hombres gays. Diría que la jerarquía de género es el trazo cultural del machismo que no solo privilegia a los hombres por sobre las mujeres o la masculinidad por sobre la femineidad, sino que también privilegia a algunos hombres, así como algunas versiones de la masculinidad en detrimento de otras.

Como los estudios revisados anteriormente demuestran, masculinidad y machismo son conceptos complejos y flexibles que invitan a la contrastación y reinterpretación por individuos, grupos y académicos. Insistiría aquí en que el machismo es alimentado simbólicamente por la dominación masculina (dirigida hacia las mujeres y otras formas no hegemónicas de ser masculino) y se ha apoyado en un paradigma naturalista, que infiere la existencia de la denominada “naturaleza superior” de los hombres. Esa dominación, como una especie de violencia simbólica (Bourdieu, 1999), ha sido históricamente apoyada por instituciones variopintas.

Como ejemplos, la plasticidad del machismo estructural en la sociedad brasileña, y ciertamente en la argentina, consigue abrirse espacio en el mercado de trabajo para que las mujeres sigan manteniendo la desigualdad salarial con relación a los hombres, burlar o gambetear leyes contra la violencia doméstica y sostener una cultura de culpar a la víctima por la violencia, haciendo que la opresión sobre las mujeres cambie en apariencia para no cambiar en la “esencia”. Todos los días el machismo continúa atribuyendo valor universal a la cultura masculina, relegando a lo femenino (y a las mujeres) el lugar de lo secundario y específico, donde debe quedar confinado.

Reflexiones finales

De modo resumido, y entendiendo que género y masculinidades deben ser tomados como procesos históricos y prácticas sociales, vivenciados tanto en las relaciones cotidianas cargadas de poder, como en las reformulaciones identitarias que los sujetos vivencian a lo largo de la vida, debemos encarar el machismo como trazo cultural. Trazo cultural que se fortalece y, a veces, se debilita en la historia social de larga duración, entrecruzada con los procesos de dominación masculina y con la actualización que sujetos individuales hacen a lo largo de sus vidas en la diversidad de los contextos sociales (Couto y Schraiber, 2013).

Reflexionar sobre este tema y pautar el debate público sobre el machismo, descifrar sus características actuales y particularizadas en la diversidad de segmentos masculinos, visibilizar y resignificar los silencios cómplices o temerosos de muchos hombres, deconstruir las normatividades que han dado forma a un estereotipo de masculinidad hegemónica, seguramente harán más diversa la gama de relaciones sociales en la que nos movemos, donde aprendemos y luchamos de forma permanente por el respeto de los cuerpos, expresiones y vidas de niñas, jóvenes, mujeres y mujeres mayores.

Bibliografía

- Almeida, M. V. (1996): Gênero, masculinidade e poder: Revendo um caso do sul de Portugal. *Anuário antropológico*, 20(1), pp. 161-189.
- Beattie P. M. (2002) Beyond machismos: Recent examinations of masculinities in Latin America. *Men and Masculinities*, Jan; 4(3), pp. 303-308.
- Bourdieu, P. (1999) A dominação masculina. Rio de Janeiro: Bertrand Brasil.
- Bridges, T. y Pascoe, C. J. (2014) Hybrid masculinities: New directions in the sociology of men and masculinities. *Sociology compass*, 8(3), pp. 246-258.
- Butler, J. (2017) Alianças queer e política anti-guerra. *Bagoas-Estudos gays: gêneros e sexualidades*, 11(16), pp. 29-49.
- Caulfield, S. (2001) The history of gender in the historiography of Latin America. *Hispanic American Historical Review*, 81(3), pp. 449-90.
- Connell, R. (1995) *Masculinities: knowledge, power and social change*. Berkeley, Los Angeles: University of California Press.
- Connell, R. (2014) The sociology of gender in Southern perspective. *Current Sociology*, Jul-62(4), pp. 550-67.
- Connell, R. y Pearse, R. (2015) *Gender In World Perspective*. Polity: Cambridge.
- Couto, M. T. y Schraiber, L. B. (2013) Machismo hoje no Brasil: uma análise de gênero das percepções dos homens e das mulheres. En: Venturi, G. y Godinho, T. (Ed.), *Mulheres Brasileiras e Gênero nos Espaços Público e Privado* (pp. 37-56). São Paulo, Editora FPA e Edições Sesc SP.
- de Keijzer, B. (2016) Sé que debo parar, pero no sé cómo: Abordajes teóricos en torno a los hombres, la salud y el cambio. *Sexualidad, Salud y Sociedad*. 22 - abr., pp. 278-300.
- Fuller, N. (1998) Reflexiones sobre el machismo en América Latina. En Valdés, T. y Olavarría, J. (Eds.). *Masculinidades y equidad de género en América Latina*, pp. 258-266. Santiago: Flacso,
- Gutmann M. C. (2013) O machismo. *Antropolítica: Revista Contemporânea de Antropologia*. (34). <https://doi.org/10.22409/antropolitica2013.0i34.a41518>
- Gutmann, M. C. (1997) Trafficking in Men: the anthropology of masculinity. *Annual Review of Anthropology*, (26)1, pp. 385-409.
- Harnois, C.E. (2017) Intersectional masculinities and gendered political consciousness: How do race, ethnicity and sexuality shape men's awareness of gender inequality and support for gender activism? *Sex Roles*, Aug (1)77, pp. 141-54.
- Mayo Y. (1997) Machismo, fatherhood and the Latino family: Understanding the concept. *Journal of Multicultural Social Work*, May (15)5, pp. 49-61.
- Mirandé, A. (1998) *Hombres y machos: masculinity and latino culture*. Boulder: Westview Press.
- Scott, J. (2017). Gênero: uma categoria útil de análise histórica. *Educação & Realidade*, 20(2). Recuperado de <https://seer.ufrgs.br/index.php/educacaoerealidade/article/view/71721>
- Venturi, G. (2014) Masculinidades e violências de gênero: machismo e monogamia em cena. En Blay, E. A. (Org.) *Feminismos e Masculinidade* (pp. 67-99). São Paulo: Cultura Acadêmica.

Vigoya, M. V. (2001). Contemporary Latin American perspectives on masculinity. *Men and masculinities*, 3(3), 237-260.

Vigoya, M.V. (2018) *As cores da masculinidade. Experiências interseccionais e práticas de poder na Nossa América*. Rio de Janeiro: Papéis Selvagens.

Welzer-Lang, D. (2001) A construção do masculino: dominação das mulheres e homofobia. *Revista Estudos Feministas*, (2), pp. 460-482.



Marcia Thereza Couto es graduada en Ciencias Sociales, Magíster en Antropología y Doctora en Sociología. Se desempeña como profesora del Departamento de Medicina Preventiva de la Facultad de Medicina de la Universidad de São Paulo, Brasil. Es directora del Grupo de Estudios e Investigaciones Pesquisas en Salud, Interseccionalidad y Marcadores Sociales de la Diferencia de la Universidad de São Paulo.